



LOS OTROS COMBATES DE SAN VICENTE



AS estratégicas aguas del cabo de San Vicente, en la esquina SO de la Península Ibérica, han sido escenario de muchos combates navales entre diversas escuadras. Para españoles y británicos, sin embargo, el recuerdo inmediato y, casi único, es el del combate de febrero de 1797, cuando la escuadra de Jervis derrotó a la de Córdova apresándola cuatro navíos.

Es comprensible que sea así para los británicos, que conmemoran una victoria, pero no tanto para los españoles, pues aquel desgraciado combate parece haber borrado del recuerdo que aquellas mismas aguas fueron testigo de muchos triunfos españoles. Y no es exageración, pues como veremos, hemos hallado por nuestra cuenta al menos tres combates en aquel mismo cabo que supusieron señaladas victorias para nuestras escuadras en momentos y contra enemigos distintos y que bien merecen salir de la penumbra a que les parece haber condenado la mencionada victoria británica.

Fajardo vence a Hautain

Eran los tiempos del reinado de Felipe III, ya se había llegado a la paz con Inglaterra, por cierto bien favorable a la monarquía hispana, pero seguía la lucha con los rebeldes holandeses.

Y la ya agotada España tenía que hacer frente a unas fuerzas navales que habían crecido casi milagrosamente desde los primeros y desesperados



Combate naval entre españoles y holandeses (siglo XVII). (Óleo anónimo de escuela holandesa. Museo Naval, Madrid).

«gueux». Ahora, y mientras faltaban los barcos y el dinero a los españoles, las flotas holandesas eran capaces de pasar al contraataque.

Nada menos que sesenta buques entre grandes y chicos, buques de escuadra, transportes y corsarios independientes, estaban sometiendo a un estrecho bloqueo las costas de Portugal, entonces, como es sabido, unido a la monarquía hispana, y también, como el tiempo demostraría, la principal víctima del emergente poderío naval holandés.

En Lisboa estaba el gran almirante Luis Fajardo, un marino que hubiera merecido un estudio biográfico por sus trascendentales e invariablemente victoriosas campañas. Pero a la sazón, Fajardo estaba más que ocupado intentando reunir una escuadra, por improvisada que fuese, que alejase el peligro de las costas y permitiera la reanudación del tráfico.

Por fin, a buenas y a malas, consiguió armar veinte buques, con los que zarpó el 16 de junio de 1606. Parte de los corsarios ya habían vuelto a sus puertos, y otros debieron hacerlo al saber de la salida de la escuadra. Pero el núcleo fundamental de la fuerza bloqueadora, al mando del almirante Huatain, seguía en aguas de San Vicente, donde lo encontró Fajardo unos días después.

Según las crónicas españolas, los holandeses reunían 24 buques, pero éstos afirman que, tras la separación de algunos, sólo estaban presentes en el lugar del combate 13 galeones y un bergantín.

Sintiéndose inferiores, los holandeses huyeron intentando ganar barlovento, pero forzando velas, la escuadra española consiguió cortar a tres de los últimos. Entre los acorralados destacaba el insignia del vicealmirante Rainero Classen, que tras ser rodeado y acribillado por cinco españoles y para evitar su apresamiento, recurrió a la entonces tan habitual como terrible táctica holandesa de volar su buque. Así pereció el hermoso buque con toda su dotación, mientras los otros dos, menos decididos o menos desesperados, se conformaron con arriar su bandera.

El resto de la escuadra de Hautain puso rumbo a sus puertos, con lo que la victoria táctica de Fajardo se completó con el triunfo estratégico de la retirada de los bloqueadores. Y aunque los españoles, de seguir las fuentes holandesas, tuvieran alguna superioridad numérica, no dejó de tener especial mérito el que la lograra una fuerza improvisada que logró sorprender y derrotar a un enemigo que, de haber concentrado sus buques, hubiera sido muy superior.

Torres vence a Cavendish

Corrían los años del reinado de Felipe V, ya asentado en el trono español tras su triunfo en la dura guerra de sucesión. Pero el joven monarca no se resignaba a la pérdida de las posesiones italianas de la corona española, lo que le había llevado a una decidida política que le ganó la enemiga de las principales potencias europeas, incluida su Francia natal. Fue entonces cuando la escuadra británica atacó a la española en cabo Passarol, cuando aún no existía el estado de guerra entre ambos países.

Eran tiempos muy difíciles para la apenas renacida Armada española; pero el valor y la decisión suplieron en muchas ocasiones la escasez o deficiencia de medios.

Había salido de los puertos cántabros, amenazados por la invasión francesa, que tuvo como principal objetivo incendiar los buques que allí se construían para nuestra escuadra, una división de tres navíos al mando del capitán de navío Rodrigo Torres, con destino a Cádiz.

Sobre la costa portuguesa, los buques españoles apresaron a una fragata y una balandra británicas cargadas con vino, sal, naranjas y duelas, lo que seguramente eran mercancías de origen portugués igualmente. Convoyando sus presas, la división de Torres se topó en cabo de San Vicente con otra británica, al mando de Cavendish, compuesta también de tres navíos de igual porte que los españoles, los que no tardaron en intentar recuperar las presas y dar un buen escarmiento a los apresadores.

El combate duró cerca de cinco horas del 21 de diciembre de 1719, y al cabo de ellas, los buques ingleses decidieron retirarse hacia Gibraltar, habiendo salido frustrados en sus propósitos y con no menos de 150 bajas entre



Combate del navío *Glorioso* con el británico *Darmouth* (19 de octubre de 1747).
(Óleo de Ángel Cortellini Sánchez, pintado en 1891. Museo Naval, Madrid).

mueritos y heridos. El 2 de enero de 1720 entraban en Cádiz los triunfantes españoles, con sus dos presas, pero lamentando 20 muertos y 27 heridos.

Tal vez parezca corto el triunfo, pero si se recuerda la incontrastable superioridad de que hicieron gala los buques británicos durante todo el siglo XVIII frente a cualquier clase de enemigo, no cabe duda de que fue muy meritorio el que tres buques de nuestra por entonces tan reducida como agobiada escuadra fueran capaces de rechazar a fuerzas iguales y conservar las dos presas hechas.

Desde luego, de haber sido un triunfo de los navíos franceses, holandeses o de otra nacionalidad, no hubiera pasado tan desapercibido en la historiografía naval.

La capitana de Argel

Como es sabido, y prácticamente desde el fin de la Reconquista, los corsarios berberiscos, y especialmente los argelinos, fueron una pesadilla constante en las aguas y costas españolas del sur y levante peninsular y muy especialmente en las Baleares durante varios siglos, hasta fines del XVIII.

Los corsarios utilizaban normalmente embarcaciones ligeras, como galeotas, fustas y, últimamente, jabeques, pero ya desde el XVII comenzaron a disponer de buques equiparables en poder a los europeos.

Hacia el mes de noviembre de 1751 surcaban las aguas de San Vicente la capitana y almiranta de la escuadra argelina, respectivamente los navíos *Danzik* de 60 cañones y *Castillo Nuevo* de 54 piezas.

El día 28 se encontraron con los españoles *Dragón*, de 60 piezas, botado en La Habana en 1742, y *América*, también habanero, botado en 1736 y de



Combate naval entre españoles y turcos (siglo xvii).
(Óleo firmado por Juan de la Corte 1597-1660. Museo Naval. Madrid).

64 cañones. Iban al mando, respectivamente, de los capitanes de navío Pedro Stuart, que lo era de la división, y Luis de Córdoba.

Tal día, y a 20 leguas al OSO del cabo, se divisó desde los españoles a los dos argelinos, que intentaron replegarse a barlovento, siendo perseguidos inmediatamente por sus enemigos, que no tardaron en alcanzarlos. Tras varias descargas, la almiranta (en la época buque del 2.º jefe) enemiga, el *Castillo Nuevo*, logró situarse a barlovento de los españoles y fuera del alcance de sus cañones, recayendo todo el peso de la acción sobre la capitana argelina, que pronto perdió su mastelero de gavia y las drizas de la mayor, con lo que se imposibilitó su huida.

El cañoneo se había prolongado hasta la madrugada del 29, y los contendientes se separaron para reparar sus averías, reanudándose a la mañana siguiente, hasta que el poco viento y la mucha mar los separó fuera de tiro. Mientras, el *Castillo Nuevo* observaba todo el combate esperando su oportunidad para ayudar a su acosado compañero.

La mañana del 30 arrió la bandera el *Danzik*, lo que provocó la huida definitiva del otro navío, pero la esforzada dotación argelina obligó al arraez (capitán) a izarla de nuevo y seguir la resistencia.

La mar dura seguía castigando los cascos, hasta el punto de que los españoles no podían utilizar sus baterías bajas, mientras sí lo podía hacer la capitana argelina, por llevarla mucho más alta. Aquello aconsejó a Stuart seguirla sin combatir hasta que el tiempo mejorara.

Por fin, al día siguiente, 2 de diciembre, los dos navíos españoles pudieron acercarse a eso de las 0230 de la tarde y, tras dos horas de fuego, rendir al

obstinado *Danzik*. En él había nada menos que 194 muertos, entre argelinos y turcos, apresándose otros 320, entre ellos el arraez, tres oficiales y seis renegados, y liberándose 50 cristianos cautivos que llevaban. Por contra, los españoles sólo sufrieron 29 bajas entre muertos y heridos.

La gran duración del combate y lo escaso de las bajas de los vencedores se debieron a que Stuart prefirió aprovechar el superior alcance de las piezas españolas para batir de lejos al navío argelino, y como hemos dicho, a la mala mar que impedía el uso de la batería inferior y más potente de los navíos españoles.

El *Danzik* quedó tan destrozado que hubo que incendiarlo, pues se desconfiaba de poderlo salvar, y en cuanto a las averías en los buques españoles, se limitaron a velas y jarcias, únicos objetivos que los cañones enemigos podían batir con eficacia a larga distancia.

El rey, entonces Fernando VI, celebró grandemente la victoria obtenida a tan bajo precio; ascendiendo a Pedro Stuart a jefe de escuadra, a Córdova le concedió la encomienda de la Vétera en la Orden de Calatrava, ascendió a los segundos de capitanes de fragata a de navío, y gratificó a las dotaciones con un mes de sueldo, fijando pensiones para las viudas de los muertos y para los que quedaran inútiles por sus heridas. El hecho fue conmemorado con una medalla encargada por la Academia de la Historia en la que podía leerse la inscripción: *Maurorum praetoria capta. Propraetoria fugata*.

No era la primera capitana argelina destruida por buques españoles durante aquel siglo; en 1732 el gran Blas de Lezo había incendiado y destruido por completo la que entonces tenía 60 piezas, pese a que el enemigo se había refugiado en la ensenada de Mostagan bajo el amparo de dos baterías. Ese mismo año se había apresado otro navío de 70 cañones, dos fragatas de 34 y 36 cañones y hundido otra de 40 piezas. Y ello aparte del incontable goteo de encuentros entre jabeques en los que tanto se distinguió Barceló, por citar sólo al más nombrado de sus jefes.

El *Castillo Nuevo* tardó algunos años en seguir a su capitana. El 2 de junio de 1758 frente al cabo de Palos fue apresado y hundido por una división compuesta por los navíos *Soberano*, *Héctor* y *Vencedor*, al mando de Isidro García del Postigo, que además hundió a la fragata *Caravela*, de 40 cañones, que acompañaba al argelino. Así, poco a poco, pero de forma tenaz y constante, se fue conjurando una constante amenaza.

Conclusión

Seguramente habrá otros combates victoriosos para nuestros buques que hayan tenido lugar en las aguas del conocido cabo portugués, pero con lo expuesto creemos que basta para deshacer buena parte el mal recuerdo que se asocia a su nombre entre los españoles amantes del mar y de su historia.

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Doctor en Historia Contemporánea